

LA VOZ DE LA TIERRA

Elena García Quevedo

UNO

Con el paso de los años sólo el tacto de la piedra y la voz de Luz pudieron rescatar a los hombres de su propia zozobra. Frente al hueco de la Sima, Inty y Mayo se miraron a los ojos por última vez. Estaban juntos y desnudos, pero nada dejaba entrever aquella luz de sus almas, la pasión de toro en celo, el sentido del humor que tiempo atrás llenó la Sierra de carcajadas, el intenso amor que habían compartido.

Hacía frío y olía a frío.

El horizonte se escondía tras una niebla opaca que, aquí y allá, dejaba adivinar un fondo de matices verdes y negros. Las culebras andaban aletargadas entre las oquedades de las cavernas y los pájaros guardaban silencio, adormecidos. Dos águilas en lo más alto permanecían hieráticas, como viejos dioses convertidos en estatuas de sal. Bajo ellas todo parecía perfecto. Puro equilibrio. Pura verdad. De vez en cuando las estatuas de sal movían la cabeza en busca de presa.

Las piedras con las que se hacía la música ritual sonaron, de repente. Después, los dos hombres escucharon de nuevo cantar a Luz y supieron que era la última vez. Su última vez. Y ya nada pudo impedir que derramaran sus lágrimas, ni que las imágenes de toda una vida regresaran a ellos sin nostalgia ni pesar, a borbotones; apenas un acto de despedida, un acto de egoísmo, un último intento para detener el tiempo y su fin.

Como el día en el que terminó su infancia volvieron a saborear las últimas dos gotas de leche que habían cogido al vuelo en los pechos de sus madres. Inty el derecho, algo más relleno; Mayo el izquierdo, que caía estirado hasta la cintura.

Ahora, el viento soplaba con más fuerza y esculpía imágenes claroscuros en las nubes que poco a poco sustituyeron a la niebla y se iban transformando: Un niño de pecho. Un inmenso corazón partido en dos. Una hembra ciervo y su bebé en estampa. Una abeja reina. Un hombre muerto.

Los colores del horizonte se tornasolaron y las figuritas de vapor, recortadas sobre el cielo gris, se volvieron naranjas, rojas, grises y casi negras. En ese instante los dos hombres pensaron lo mismo: Las nubes eran un poco como ellos; cambiantes como ese momento de la historia que les había engendrado, efímeras como la vida que les había tocado llevar, antojadizas como la mano maestra que había movido todos los hilos y les había puesto allí, frente a un abismo mortal, casi como al principio. Sutiles como ese latido que se ausentaría de su pecho, poco a poco.

Pero aún les quedaba ese último suspiro, ese último instante, esa despedida. Aún quedaba el final y ambos lo sabían. Por eso Mayo necesitó mirar hacia la cueva donde las tribus nómadas solían reunirse y, por eso, recordó el día en que había acariciado la cuarcita roja que tanto importaba a su pueblo y tanto supuso para él. También esa fina epidermis de Luz tan cálida como el ombligo de una madre. Y su mente prefirió vivir esos momentos aferrada a los recuerdos de aquella mujer a la que amaba, y al hijo que albergaba su cuerpo.

Inty, en cambio, recordó el tacto frío, intenso y suave de esa piedra rosa que atraía con la fuerza de un imán, el dulzor de la miel y la graciosa danza de las abejas; también el sabor agripicante de las entrañas de la mujer. Soñó con la suavidad de su rostro, vetado ahora por las lágrimas que se precipitaban hacia la tierra con prisa. Pero, sobre todo, recordó ese olor pestilente, ese hedor del agua estancada y supo muy bien por qué.